

La dulce vita El color de la venganza



POR FERNANDO R. LAFUENTE

Es un juego peligroso vengar una ofensa. Peor aún, vengar una muerte. La cuerda que sujeta la ira se tambalea en el cúmulo de acechos y planes. También la venganza tiene un centón de modalidades, que no son moralidades, cuya razón se alimenta en el efímero sentimiento del agravio. Seicho Matsumoto (1909-1992) es uno de los más grandes escritores del género literario que ha marcado el siglo XX: la novela negra. Para Luis Cernuda, ya en los años treinta, uno de sus novelistas admirados era el norteamericano Dashiell Hammett. No era fácil, entonces, ahora sí, ponderar y glosar una narración cercana al «pulp fiction», cuyos libros se vendían en las estaciones de tren o de metropolitano.

Si fue el gran género del siglo XX fue porque el delito se presentaba junto con una implacable crítica política, social y económica. Curiosamente, o no tanto, al barniz criminal se le añadía, de manera considerable, la foto-

grafía brutal de una sociedad urbana que había convertido la convivencia en algo cercano a una «jungla del asfalto». Matsumoto es su máximo exponente japonés. Ahora se publica «La chica de Kyushu», un relato que hiela la sangre y apaga los murmullos de alrededor para concentrarse febril en la lectura. Sobrio y seductor, frío y emocionante, distante y sorprendente. La prosa de Matsumoto (excelente traducción) no se pierde en floristería retórica. Son más de doscientas cincuenta páginas escalofriantes sobre una venganza. Y qué venganza. Qué perversidad. Qué precisión. Cuando la joven Kiriko Yamagida se desplaza desde la remota Kyushu a Tokio para requerir los servicios del más eminente penalista, Kinzo Otsuka, con el fin de que defienda a su hermano acusado, cree ella y nosotros, de asesinato injustamente, lo que vendrá es un formidable laberinto de encuentros, equívocos, falsas casualidades. Con la negativa del penalista, pues sus honorarios son elevados, se abre un curso lateral,



«Maravillosa familia de Tokio»

en el que la investigación, el periodismo, los sucesos, los archivos y el empeño de la joven caminarán paralelos. No puede uno, ni debe, desvelar más. Sólo queda el placer, inmenso, de adentrarse en la lógica siniestra planteada por Matsumoto del color oscuro de la venganza.

Desde Occidente se conoce mal el inmenso apego y el papel sagrado que tiene la familia en la sociedades china y japonesa. «Maravillosa familia de Tokio» es una nueva inmersión del excelente director Yôji Yamada en el interior, siempre sorprendente, de un entorno en el que conviven abuelos, hijos, nietos y en el que, ante el asombro de todos, un hecho que, si no fuera traumático, resultaría infinitamente divertido, desvela lo que cada familia esconde. Sea el secreto doméstico, antiguo o meramente circunstancial. Después de cerca de cincuenta años juntos, la abuela se quiere divorciar. Una soberbia película, una comedia que no lo es, un drama que se evapora entre la estupefacción de sus protagonistas.

Y ya que la cosa va de Japón, nada como *Ninja Ramen*. El ramen es uno de los platos populares de Japón, su origen es chino, pero la variante japonesa es la gracia. Una taberna, como las de cualquier calle de Tokio o Kobe. Y hay tapas, brochetas y tempuras. Y que cada uno lo riegue como pueda. No están los tiempos para ayunos.

«La chica de Kyushu»

► Seicho Matsumoto. *Libros del Asteroide*, 2017. Traducción: Marina Bornas. 261 páginas. 17,95 euros.

«Maravillosa familia de Tokio»

► Dirección. Yôji Yamada. *Intérpretes. Sathosi Tsumabuki, Yû Aoi. Japón*. 2016. 108 minutos.

Ninja Ramen

► Barceló, 1. Tel. 91 493 99 93. Madrid.